

# Terredad

Eugenio Ibarra,

TERREDAD

Eugenio Montejo

# TERREDAD

ediciones  
**a**ctual



UNIVERSIDAD  
DE LOS ANDES  
VENEZUELA



Dirección General de  
Cultura y Extensión

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

DIRECCIÓN GENERAL  
DE CULTURA Y EXTEN-  
SIÓN

*Autoridades Universitarias*

*Mario Bonucci Rossini*  
Rector

*Patricia Rosenzweig*  
Vicerrector Académico

*Manuel Aranguren*  
Vicerrector Administrativo

*José María Anderéz*  
Secretario

**ediciones**  
**Actual**

*Director*  
*Mauricio Navia A.*

*Consejo Editorial*  
*Daniel Albornoz*  
*Enrique Vidal*  
*Elizabeth Marín*  
*José Francisco Guerrero L.*  
*Debby Avendaño*  
*Arnaldo Valero*  
*Carlos Monagas*  
*Rocco Mangieri*  
*Jorge Torres*  
*María Ríos*  
*Carlos Mattera*  
*Erma Sulbarán*

*Coordinador de Ediciones*  
*Actual - Libros*  
*José Francisco Guerrero Lobo*

TERREDAD

*Tercera Edición, 2011*

© Universidad de Los Andes  
Dirección de Cultura y Extensión  
Mérida-Venezuela

*Autor*

© Eugenio Montejo

*Diseño y diagramación*

*José Francisco Guerrero Lobo*

*Diseño de Portada*

*José Francisco Guerrero Lobo*

*Ilustración de portada*

*Firma*

*Impresión*

*Universidad de Los Andes*

*Talleres Gráficos Universitarios*

*talleresgraficos@ula.ve*

*Mérida-Venezuela*

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

*Depósito Legal:*

ISBN:

*Derechos Reservados*

*Prohibida la reproducción total o parcial*  
*de esta obra sin la autorización escrita del*  
*autor y el editor.*

*Universidad de Los Andes,*

*Av. 5 Zerpa, Esquina con calle 24,*  
*antiguo Colegio San José, 1° piso.*

*Tele-fax: 0274-240-26.58*

*http://www.direcciondecultura.com.ve*

*Mérida 5101. Venezuela*

*Impreso en Venezuela*

*Printed in Venezuela*

## Notas para un estudio

RAFAEL CADENAS

**E**n un escrito autobiográfico de 1997 publicado en el *Papel Literario* de El Nacional, Eugenio Montejo comenzaba por mencionar que había nacido en Caracas el mes de octubre de 1938. Es probable que esta información sorprendiera a sus lectores menos enterados, quienes siempre creyeron que Valencia, la de Venezuela, había sido su ciudad natal, pues allí pasó gran parte de su vida, estudió en su universidad y creó junto con Alejandro Oliveros, Reynaldo Pérez Só, Teófilo Tortolero, entre otros, la revista *Poesía*, excepcional en el país tanto por su calidad cuanto por su duración: tiene treinta y cinco años y lleva mucho más de cien números, todo lo cual indica que la formación inicial de Eugenio tuvo lugar en ese ambiente y dentro de ese grupo generacional de poetas. Hay más sorpresas para los lectores aludidos: hizo casi todo su bachillerato en un liceo militar, se graduó en Derecho y su nombre fue un pseudónimo adoptado que terminó por sustituir a Eugenio Hernández Álvarez.

En su escrito también expresaba su propensión a “suscitar la armonía”, y aclaraba: “Quiero decir que a menudo me gana la tentación de orquestar las acciones y los hechos que me afectan como si fueran notas de una partitura”.

De su declaración subrayo, por ser clave en su vida y su obra, la palabra “armonía”. No menos relevantes serían “emoción” y “vida”. Esta última abarca las otras, en realidad envuelve todo. Puede afirmarse que en su poesía la vida trasciende el yo. Es la protagonista, algo inusual en un mundo donde aquél señorea a sus anchas, casi contrapesos.

Su identificación con ella es clara en el poema “Soy esta vida”, aunque no podía decirlo categóricamente porque en la lírica se tiende a evitar las aserciones rotundas, pero en el lector queda la sensación de que es ella “la que escribe”, la que le lleva la mano.

#### A vista de pájaro

*Élegos*, su primer libro, ya muestra a un poeta bien constituido. Contiene poemas de hoy, cuando podemos ver todo el trayecto de su autor; podrían incluirse en cualquiera de sus libros siguientes. Alboorea allí lo que se advertirá en toda su lírica: “la pasión constructiva y el casi perfecto control sobre el desarrollo del poema que excluye lo divagatorio y deshilvanado”, rasgos señalados por Guillermo Sucre en un pasaje, que casi se ha vuelto obligatorio citar, de *La máscara, la transparencia*, libro por cierto indispensable para lo estudiosos de la poesía hispanoamericana. O se nota el “delicado y firme equilibrio entre la forma o el sonido y lo que dicen o declaran los versos” al que se refiere Américo Ferrari en su ensayo que sirve de introducción a *Alfabeto del mundo*. O se manifiesta el “orfebre de las emociones”, como llama Gustavo Guerrero a Eugenio en *Conversaciones con la intemperie*, frase con que indica la conjunción de maestría y afectividad.

Sobrepasaría mi propósito el adentrarme más en su obra, pero debo anotar una de sus características más resaltante: una vez leídos, sus versos se adhieren

a la memoria firmemente gracias, en mi sentir, al uso diestro y personal de la métrica de nuestro idioma, a la cual Eugenio tampoco se ceñía estrictamente, ya que la rompía de modo inesperado, con versos de varias medida, siguiendo el dictado de su sentido del ritmo, su necesidad expresiva, su temblor, y sólo usaba la libertad requerida para su designio principal: la hechura del poema. Pero ni lo aquí dicho ni lo por decir pueden explicar el encantamiento que mana de gran parte de su poesía. Este sencillamente surge y es imposible desentrañarlo. Hay algo inasible en toda creación. “El arte sucede”, dijo una vez el pintor norteamericano Whistler, frase que a Borges le gustaba citar.

### Libros que desembocan en Terredad

*Muerte y Memoria* me parece un título emblemático porque ambos términos portan una reiteración: ese desaparecer de seres y cosas que sin embargo siguen siendo estremecidamente en otra dimensión, acaso la de una memoria anagógica. El libro ofrece poemas que ya tienen residencia fija en nuestro idioma, como “Levitación”, “Retornos”, “Regresos”, “Orfeo”, “La silla”, “Sobremesa”. Allí se encuentran motivos que van a ser constantes: la casa, el padre, el árbol, el caballo, los pájaros, la silla, el café, las cigarras, los gallos, las piedras, que Ferrari duda en llamar símbolos, pero a mi ver sí tienen esa función. Detrás de todos esos nombres está el misterio infranqueable dentro del cual vivimos y al que pertenecemos.

Hace su aparición en *si* condicional que comienza al volver inseguro el terreno que pisamos. “Orfeo, lo que de él queda (si queda)”, dice un verso. Hago esta acotación porque tal manera de incertidumbre retorna en otros poemas. Se puede decir que pasa a formar parte de un estilo, y revela un talante anímico que contrasta con tantas seguridades aparentes.

En *algunas palabras* hay igualmente poemas que están a la par de los citados. “Uccello, hoy 6 de agosto”, “La vida”, “Paisajes”, “Islandia”, “Dos Rembrandt”, “El otro”, son apenas algunos de los que confirmarían mi impresión. Allí los motivos se extienden hacia el mundo. Entran las ciudades lejanas, el viaje y su soledad numerosa, la nieve obsesiva, los aviones que la vida toma, el caballo, pero esta vez apocalíptico, la cigarra cuyo canto enciende el aire, los paisajes entrañados, el hijo en la hilera de las sucesiones, trenes de la noche, el hotel que despierta erotismos, el poeta que es también el otro, vale decir, todos los hombres.

En su poesía tienen lugar sucesos sorprendentes. Acotó sólo algunos a modo de muestra, pero son muchos más. “Los muertos andan bajo tierra a caballo”, una silla regresa “a su lejano árbol”, en un “cuadro de Uccello hay un caballo / que estuvo en Hiroshima”, el poeta espera para nacer porque “hay peste en el pueblo”, oye canto de pájaro sin pájaro, recuerda una ciudad donde no ha estado nunca, uno de sus poemas “fue escrito en otro siglo”, a Manoa, nuestra Ítaca, sólo llega quien ama, voces son dichas por retratos, nunca del todo se está vivo ni se está muerto, personas del pasado conversan sin verse, éste pierde su ilusorio carácter lineal, los entes son, aunque están siempre dejando de ser y al cabo ya no son, pasan transfigurados a otro ámbito intangible.

### Una breve visita

Conocedores de la obra de Eugenio le asignan a *Terredad* un puesto sobresaliente en ella, y no andan errados. Pertenece a la gran lírica de nuestro idioma. Sin embargo, es necesaria una aclaración: en todos sus libros hay poemas memorables, pero sucede, por una parte, que ya la palabra *terredad*, de entrada, posee carácter definitorio de toda su poesía, y por la otra este



libro retoma el hilo unitario e ininterrumpido de su creación, en la cual siempre se repiten varios motivos, aunque ahondados cada vez mediante un incesante trabajo interior.

¿Es diferente *Terredad* al resto de su obra poética? Sólo puedo aventurarme a decir que tiene la misma entonación, pero se distingue porque consolida lo anterior dando así paso a otras posibilidades, que se notan en sus últimos libros donde, por ejemplo, temas como el amor, la cigarra, Reverón, son tratados en series que recuerdan las suites musicales.

*Terredad* es además fiel a lo dicho por Eugenio con ocasión de una lectura en Carmona cuando se presentó el número 20 de la revista *Palimpsesto*, un día de febrero de 2005. Allí contó que él quería “nombrar la condición tan extraña del hombre en la tierra, de saberse aquí entre dos nada, la que nos precede y la que nos sigue”. Entonces se le ocurrió esa palabra para decir nuestra condición de efímeros y al mismo tiempo lo “que nos impulsa naturalmente a la confraternidad, a la convivencia y a socorrernos unos a otros como toda religión, como todo principio ético lo dictan al hombre en todas las lenguas de la tierra”. (Pienso que él siempre vivió en Manoa).

Tal fue la actitud humana de Eugenio. Ella queda expresada con tinta imborrable en todos sus libros, mediante la “indirección” de la poesía. Actitud que en el plano cívico lo llevó a mantener una postura muy crítica frente al actual régimen venezolano. Un verso suyo, muy vigente, vale por muchos análisis políticos. Es el que se refiere a Venezuela como un país “que no termina de enterrar a Gómez”. Alusión al más cruel de los dictadores que han frecuentado nuestra historia.

En este momento no podría ni debo comentar los poemas de *Terredad*. Necesitan más tiempo en mí, y si lo intentara, dejarían de ser descubiertos para el lector. Escojo la prudencia.

## Sus ensayos

El fulgor de su poesía no ha dejado apreciar debidamente su impecable prosa, heredera de la mejor de nuestro idioma. Bastante se ha estudiado aquélla, y poco se repara en ésta que fue criada en el hontanar clásico y cernida luego por el tamiz de los maestros modernos. Es sabido que no publicaba poema que no estuviese bien acabado. Creo que lo mismo se aplica a todo lo demás que escribió, al menos no conozco página suya descuidada.

Pero hay algo más que solicita atención: su poética está derramada en sus ensayos de *La ventana oblicua* y *El taller blanco*, en los autores que creó, en los comentarios sobre ellos, en las reflexiones de su “Fragmentario” y en entrevistas. Todo este material alumbró su propósito hacedor. Con respecto a los autores estudiados en su primer libro, fueron Gottfried Benn y Antonio Machado los que dejaron una huella mayor en el poeta. Su eliminación del adverbio “como”, por ejemplo, que ha tenido mucha acogida en la lírica moderna, viene de Benn. Anoto, de paso, que si bien este planteamiento es saludable y se justifica porque el “como” desvía del objeto principal, cuando uno escribe, la comparación, aunque no se use, se cuele implícitamente.

De Machado, cuya prosa sobre todo leyó asiduamente, y a quien le dedicó sendos ensayos en sus dos libros, procede lo de la temporalidad vivida como componente esencial de la poesía, pero trascendida hacia lo intemporal en la que escribió Eugenio, como también lo pedía el maestro español, por boca de su principal heterónimo. A este planteamiento se opone la estética más intelectual de la construcción, defendida por Mallarmé, Valéry y Benn.

En todo caso, tanto “La difícil doble vida de Gottfried Benn”, de *La ventana oblicua* como “El

arte poético de Juan de Mairena”, de *El taller blanco*, son ensayos fundamentales para comprender lo que se proponía y consiguió nuestro amigo, el poeta venezolano.

Por fortuna su posición no es excluyente, sino optativa, aunque con inclinación aleccionadora hacia la de Mairena: “hay que centrar la palabra que aspira a la intemporalidad —dice Eugenio— en el ámbito más próximo del ser, y no en su periferia adherida. Sólo allí puede expresarse, cuando se poseen los dones para hacerlo, el sentimiento del tiempo”.

### Responsabilidad poética

Estas palabras no tienen la costumbre de andar juntas. Suenan casi como un oxímoron. Las asocio porque Eugenio las ejemplificaba cabalmente. En una entrevista que le hizo la escritora y periodista Milagros Socorro, le contó de qué modo escribía. “En general trabajo a mano, con tinta negra. Después eso lo paso a la computadora y ahí corrijo. En una carpeta guardo los protopoemas, los apuntes. Con el tiempo, unos seis meses, eso pasa a otra carpeta... Jamás publicaría un poema precipitado. El tiempo contribuye a ver que lo que en un principio me entusiasmó no valía la pena conservarlo y viceversa. Esa perspectiva la da el tiempo; y la experiencia ayuda a desconfiar de uno mismo... Jamás publicaría un poema precipitado”.

Se ve, pues que aguardaba bastante. Se le iban meses en la revisión. Entre sus enseñanzas, sobre todo para los jóvenes, está esa su demorada espera, sin que ella llegara a los nueve años que exigía Horacio.

Eugenio agregó algo más que viene al caso. Señaló lo importante que es hoy en una época de profunda crisis como la que se vive en Venezuela “ponerle la máxima atención al lenguaje” para aclararlo.

“Cuando hayamos ordenado las palabras —dijo muy confucianamente— ordenaremos el pensamiento y entonces pondremos orden en la casa, en el municipio y, por extensión, en todo el país”. Lo que dice Eugenio recuerda aquello de la “rectificación de los nombres” que proponía, como cuestión esencial, el maestro chino. Es la *adequatio* occidental entre la palabra y la cosa. Según la tradición que arranca de Confucio, son varios los requisitos que debe tener un príncipe gobernante: ha de ser guía, manantial de bien para el Estado, usar el poder con equidad, ser bondadoso y disfrutar de la confianza de todo el reino. Si falta una sola de estas cualidades se le retira el nombre de príncipe y pierde el puesto.

### Sentido cósmico

“La poesía es la última religión que nos queda”, solía repetir, y con la palabra poesía designaba también a todo arte. A este respecto me viene a la mente Goethe, para quien el arte era la religión de los que no tienen ninguna. Pero esta frase no se aplicaría a Eugenio porque en él había una profunda religiosidad, ajena a instituciones, pues tenía lo que en mi sentir más la caracteriza: una percepción muy viva de la energía que subyace en todo lo existente, la que “expande la raíz/ la que muda las hojas y mueve los planetas, / asciende por el árbol hasta el nido / y rompe la cáscara”, como dice en su poema “Diciembre” de *Alfabeto del mundo*.

Eso, llamémosla así, no se diferencia del cosmos y está en todas sus partes, en los astros o en un grano de arena o en nuestro cuerpo. Es el mayor secreto a voces, que mucho importaría recordar.

La cara inmediata, táctil y hasta íntima del cosmos es el entorno, palabra que prefiero a paisaje, pues

éste apunta a mayor exterioridad, convoca sobre todo el sentido de la vista y sugiere cierta distancia. Pues bien, es evidente que Eugenio mantenía una relación profunda con el entorno que es tenerla también con el cosmos y ello es como “traer lo infinito a lo finito” (putting infinite within the finite), que era para Browning la poesía.

En suma, pienso que Eugenio era un agnóstico asombrado.

### Final y comienzo

La poesía usó a Eugenio sobre todo para celebrar la vida.

Es lo que su canto rezuma y eso supone no sólo el aceptarla totalmente, sino devoción a ella, que lo puso a su servicio, convirtiéndolo en alguien “que perdió su cuerpo/para que lo habiten las palabras”, como nos lo comunica en “El esclavo” de *Terredad*. Se trata de un darse a ellas para que ese canto nazca.

Es otro vivir que a la vez intensifica el vivir.

Una opción entrañable.

Ya Eugenio no está entre nosotros. Hace apenas poco más de cuatro meses que se apagó su lámpara. Queda en pie de su obra, ese bien.



*C'était le temps inoubliable  
Où nous étions sur la terre.*

***Jules Superville***





## EN EL BOSQUE

En el bosque, donde es pecado hablar, pasearse,  
no poseer raíz, no tener ramas,  
¿qué puede hacer un hombre?  
La soledad no basta para engañar al viento,  
de ningún brazo se construye una puerta,  
la piel, las uñas nunca sirven  
para un nido de pájaros.  
Y el viento lo sabe.

En el bosque, quien no ha logrado ser un árbol,  
sólo puede llegar de parte del otoño  
a pedir unas hojas,  
mejor si lleva harapos de mendigo,  
algún morral raído, un palo, un perro  
y ninguna esperanza .  
Verá como lo trata el viento,  
cómo su ofrenda le llenara las manos.

## PAJAROS

Oigo los pájaros afuera,  
otros, no los de ayer que a perdimos,  
los nuevos silbos inocentes.  
Y no sé si son pájaros,  
si alguien que ya no soy los sigue oyendo  
a media vida bajo el sol de la tierra.  
Quizás es el deseo de retener su voz salvaje  
en la mitad de la estación  
antes que de los árboles se alejen.

Alguien que he sido o soy, no sé,  
oye o recuerda,  
si hay algo real dentro de mí son ellos,  
más que yo mismo, más que el sol afuera,  
si es musical la fuerza que hace girar el mundo,  
no ha habido nunca sino pájaros,  
el canto de los pájaros,  
que nos trae y nos lleva.

## SÓLO LA TIERRA

a Reynaldo Pérez-Só

Por todos los astros lleva el sueño  
pero sólo en la tierra despertamos.

Dormidos flotamos en el éter,  
nos arrastran las naves invisibles  
hacia mundos remotos  
pero sólo en la tierra abren los párpados.

La tierra amada día tras día,  
maravillosa, errante,  
que trae el sol al hombro de tan lejos  
y lo prodiga en nuestras casas.

Siempre seré fiel a la noche  
y al fuego de todas sus estrellas  
pero miradas desde aquí,  
no podría irme, no sé habitar otro paisaje.  
Ni con la muerte dejaría  
que mis cenizas salgan de sus campos.  
La tierra es el único planeta  
que prefiere los hombres a los ángeles.

Más que el silencio de la tumba  
temo la hora de resurrección:  
demasiado terrible  
es despertar mañana en otra parte.

## MUDANZAS

Mudanzas por el mar o por el tiempo,  
en un navío, en una carreta con libros,  
cambiando de casas, palabras, paisajes,  
separándonos siempre para que alguien se quede  
y algún día otro se vaya.

Despedirnos de un cuerpo de mujer  
que se mira ya lejos como un pueblo  
donde las noches fueron más largas que los siglos  
en lámparas y hoteles.

Mudanzas de uno mismo, de su sombra  
en espejos con pozos de olvido  
que nada retienen.

No ser nunca quien parte ni quien vuelve  
sino algo entre los dos,  
algo en el medio,  
lo que la vida arranca y no es ausencia,  
lo que entrega y no es sueño,  
el relámpago que deja entre las manos  
la grieta de una piedra.

## EPÍSTOLA SIN FORMA

a Guillermo Sucre

No nos pidas más forma que la vida  
tal como vino entre la horas  
del tiempo en que crecimos.

No había más forma en la palabra que la vida  
y lo demás fue azoro en nuestros huesos  
o rencor de las piedras  
como quien planta casa  
en un solar ajeno.

Tú que leerás después, en otro siglo:  
mide tus dioses con los nuestros,  
deletrea el áspero silencio.

No nos pidas más forma que la vida,  
tal como en sombras la aceptamos,  
como no quisimos rehuirla.  
Delfos era ilegible al teletipo.

Descuenta las pérdidas, descuenta las dádivas,  
jamás fuimos infieles a los muertos,  
amamos la piedad, la imposible armonía.

Vivimos al filo de las horas  
palabra por palabra,  
tú que leerás, tal vez, desde otro mundo:  
descifra el sueño en la ceniza.

## GÜIGÜE 1918

a Juan Liscano

Esta es la tierra de los míos, que duermen, que no  
duermen,  
largo valle de cañas frente a un lago,  
con campanas cubiertas de siglos y polvo  
que repiten de noche los gallos fantasmas.  
Estoy a veinte años de mi vida,  
no voy a nacer ahora que hay peste en el pueblo,  
las carretas se cargan de cuerpos y parten,  
son pocas las zanjas abiertas,  
las campanas cansadas de doblar  
bajan y cavan.  
Puedo aguardar, voy a nacer muy lejos de este lago,  
de sus miasmas,  
mi padre partirá con los que queden,  
lo esperaré más adelante.  
Ahora soy esta luz que duerme, que no duerme,  
atisbo por el hueco de los muros,  
los caballos se atascan en fango y prosiguen,  
miro la tinta que anota los nombres,  
la caligrafía salvaje que imita los pastos.  
La peste pasará, los libros en el tiempo amarillo  
seguirán tras las hojas de los árboles.  
Palpo el temblor de llamas en las velas

cuando las procesiones recorren las calles.  
No he de nacer aquí,  
hay cruces de zábila en las puertas  
que no quieren que nazca,  
queda mucho dolor en las casas de barro.  
Puedo aguardar, estoy a veinte años de mi vida,  
soy el futuro que duerme, que no duerme,  
la peste me privará de voces que son mías,  
tendré que reinventar cada ademán, cada palabra.  
Ahora soy esta luz al fondo de sus ojos,  
ya naceré después, llevo escrita mi fecha,  
estoy aquí con ellos hasta que se despidan,  
sin que puedan mirarme me detengo:  
quiero cerrarles suavemente los párpados.

## SI DIOS NO SE MOVIERA TANTO

Si Dios no se moviera tanto  
en las ondas del agua,  
en el sol o los cuerpos.

Si flotando en las nubes no cayera,  
si no usara del tiempo  
con tanta redondez en la rosa, en sus pétalos.

Si no llevara el mar, los astros,  
el iris del color  
a la velocidad de la materia.

Si no cambiara a cada movimiento  
acelerándose en sus átomos  
o se moviera sólo menos  
y nos fuera filmando la vida  
en cámara lenta.

Si levitando inmóvil en un eje,  
ya borradas las horas,  
abolido el reloj, el tenaz minuterero,  
nos dejara palpar el paisaje  
con el tacto del Génesis.



## TERREDAD

Estar aquí por años en la tierra,  
con las nubes que lleguen, con los pájaros,  
suspensos de horas frágiles.  
A bordo, casi a la deriva,  
más cerca de Saturno, más lejanos,  
mientras el sol da vuelta y nos arrastra  
y la sangre recorre su profundo universo  
más sagrado que todos los astros.

Estar aquí en la tierra: no más lejos  
que un árbol, no más inexplicables,  
livianos en otoño, hinchidos en verano,  
con lo que somos o no somos, con la sombra,  
la memoria, el deseo, hasta el fin  
(si hay un fin) voz a voz,  
casa por casa,  
sea quien lleve la tierra, si la llevan,  
o quien la espere, si la aguardan,  
partiendo juntos cada vez el pan  
en dos, en tres, en cuatro,  
sin olvidar las sobras de la hormiga  
que siempre viaja de remotas estrellas  
para estar a la hora en nuestra cena  
aunque las migas sean amargas.

## CIUDADES MARINAS

a Hesnor Rivera

Ciudades marinas, flotantes, entrevistas,  
a merced del hastío que dobla el horizonte.  
Ciudades que respiran como una durmiente,  
mueven una mano, levantan montañas azules,  
siguen durmiendo.

No tienen puertas, no tienen calles ni palmeras,  
lejanos taxis cruzan con ojos de peces,  
oscuros náufragos remontan sus riberas.

Ciudades que serpean al curso de la sangre,  
no tienen piedras, no tienen ventanas, no hablan,  
despejan sus esclusas al paso del navío,  
inhalamos sus nubes, sus vastos esfuminos,  
guardan tantas sirenas!  
Siempre surgen desnudas al tumulto del mar  
flotando, tejiendo tatuajes ignotos  
sobre la piel de los marinos solitarios.

## SETIEMBRE

a Alejandro Oliveros

Mira setiembre: nada se ha perdido  
con fiarnos de las hojas.  
La juventud vino y se fue, los árboles no se movieron.  
El hermano al morir te quemó en llanto  
pero el sol continúa.  
La casa fue derrumbada, no su recuerdo.  
Mira setiembre con su pala al hombro  
cómo arrastra hojas secas.

La vida vale más que la vida, sólo eso cuenta.  
Nadie nos preguntó para nacer,  
¿qué sabían nuestros padres? ¿Los suyos qué supieron?  
Ningún dolor les ahorró sombra y sin embargo  
se mezclaron al tiempo terrestre.  
Los árboles saben menos que nosotros  
y aún no se vuelven.  
La tierra va más sola ahora sin dioses  
pero nunca blasfema.  
Mira setiembre cómo te abre el bosque  
y sobrepasa tu deseo.  
Abre tus manos, llénalas con estas lentas hojas,  
no dejes que una sola se te pierda.

## El DORADO

*a Luis García Morales*

Siempre buscábamos El Dorado  
en aviones y barcos de vela,  
como alquimistas, como Diógenes,  
al fin del arco iris,  
por los parajes más ausentes.  
Unos caían, otros llegaban,  
jamás nos detuvimos.  
Los hombres del país Orinoco  
nunca elegimos otra muerte.

Perdimos años, fuerza, vida,  
nadie soñó que iba en la sangre,  
que éramos su espejo.  
El oro del alma profunda  
a través de las voces  
que nos inventaban los ríos  
en el rumor de las aldeas.  
El Dorado que trae el café  
a la luz del Caribe  
con sus soles a paso de bueyes.  
Jamás lo descubrimos,  
no era para nosotros su secreto.  
Los hombres del país Orinoco  
teníamos raza de la quimera.

## SOY ESTA VIDA

Soy esta vida y la que queda,  
la que vendrá después en otros días,  
en otras vueltas de la tierra.

La que he vivido tal como fue escrita  
hora tras hora  
en el gran libro indescifrable,  
la que me anda buscando en una calle,  
desde un taxi  
y sin haberme visto me recuerda.

Ya no sé cuándo llegará, qué la detiene,  
no conozco su rostro, su cuerpo, su mirada,  
no se si llegará de otro país  
en un tapiz volante  
o de otro continente.

Soy esta vida que he vivido o malvivido  
pero más la que aguardo todavía  
en las vueltas que la tierra me debe.  
La que seré mañana cuando venga  
en un amor, una palabra,  
la que trato de asir cada segundo  
sin saber si está aquí, si es ella la que escribe  
llevándome la mano.

## LA MESA

¿Qué puede una mesa sola  
contra la redondez de la tierra?  
Ya tiene bastante con que nada se caiga  
cuando las sillas entran en voz baja  
y en su torno a la hora se congregan.

Si el tiempo amella los cuchillos,  
lleva y trae comensales,  
varía los temas, las palabras,  
¿qué puede el dolor de su madera?

¿Qué puede contra el costo de las cosas,  
contra el ateísmo de la cena,  
de la Última Cena?

Si el vino se derrama, si el pan falta  
y los hombres se tornan ausentes,  
¿qué puede sino estar inmóvil, fija,  
entre el hambre y las horas  
con qué va a intervenir aunque desee?

## MONTAÑAS

Se doran cuando el sol las recompensa,  
tendidas, calmas, sin un gesto  
aunque atesoren sobre su regazo  
la paciencia del mundo.

Nos ven envejecer aguardando que hablen,  
nos van siguiendo al apartarnos  
de ciudad en ciudad,  
ondulando a través de remotas ventanas.

Yacen colgadas con sus capas en el aire,  
las doblamos mirándolas de lejos,  
son trajes de bodas antiguos pero intactos,  
en las fotografías enmarcan lo que fuimos  
y hasta sonríen  
siempre tan calmas bajo el sol que las dora,  
serenísimas madres.

## YO SOY MI RÍO

Yo soy mi río, mi claro río que pasa  
a tumbos en las piedras.  
Me circundan las horas y las ondas,  
no sé adónde me arrastran,  
desconozco mi fin y mi comienzo,  
voy cruzando mi cuerpo como el arco de un puente.

Las nubes me siguen por los campos  
con cálidos reflejos.  
Entre los árboles derivo, entre los hombres,  
sólo traje a la tierra este rumor  
para cruzar el mundo,  
lo he sentido crecer al fondo de mis venas.

Estas voces que digo  
han rodado por siglos puliéndose en sus aguas,  
fuera del tiempo.  
Son ecos de los muertos que me nombran  
y me recorren como peces.

Yo soy mi río, mi claro río que pasa  
y me lleva sin tregua.  
Sé que existe un navío  
que cruza a mis espaldas,  
palpo sus velas en mi sueño,



sigo la estela que deja en su camino,  
pero no sé qué busca entre mi cauce  
ni quién va a bordo  
ni cuándo llegaremos.

## DURACIÓN

Dura menos un hombre que una vela  
pero la tierra prefiere su lumbre  
para seguir  
el paso de los astros.

Dura menos que un árbol,  
que una piedra,  
se anochece ante el viento más leve,  
con un soplo se apaga.

Dura menos que un pájaro,  
que un pez fuera del agua,  
casi no tiene tiempo de nacer,  
da una vueltas al sol y se borra  
entre las sombras de las horas  
hasta que sus huesos en el polvo  
se mezclan con el viento.

Y sin embargo, cuando parte  
siempre deja la tierra más clara.

## PARTIDA

Me voy con cada barco de este puerto,  
con cada gota azul de oxígeno  
entre roncós silbatos.

Me voy a Rotterdam donde ahora cae densa la nieve  
y las gaviotas holandesas  
hurgando las mercaderías  
se posan en los mástiles.

Un camarote me espera en cada barco,  
un libro de Li Po para mi travesía,  
—búsqüenme en Rotterdam, escribanme  
aunque no parta.

Si no salgo a esta hora será en otra,  
las naves cambiarán, no mi deseo,  
mi deseo está en Rotterdam:  
desde aquí con la nieve lo diviso  
entre sus casas.

No hay un solo camino sobre el mar  
sin su contrario,  
no hay maneras de estar y no estar donde se viaja.  
Si mediara otra senda más simple, más humana,

saldría sin ausentarme,  
la nieve me sería cálida al tacto.

En cada barco de este puerto  
tengo fletado mi equipaje,  
aunque me vean aquí mañana por los muelles,  
estoy a bordo,  
las naves cambiarán, no mi deseo,  
—búsqüenme en Rotterdam, escribanme,  
mi deseo tiene vuelo de gaviota  
y nieve entre sus alas.

## REYES

En ocios llenos de futuro  
viraban los rostros de los Reyes  
al ángulo suspenso  
del pintor de palacio.

De súbito cesaba en ese gesto  
la intriga de la Corte,  
el dolor de la gota y los aciagos partes  
de legiones en guerra,  
sólo una mano y su pincel atónitos ceñían  
la luz de los atuendos.

¿Qué tiempo fijaban a su pose  
atormentados por los juicios  
de presentidas turbas de museo?  
¿Un mes, un año? ¿O vino un doble,  
un vasallo suplente  
a sostener la capa, la gorguera,  
la rigidez amarga del Imperio?

Riela siempre en sus ojos  
un desolado hastío, una lluvia lejana  
que no debió amainar mientras posaban...  
Flota el ensueño ambiguo

de alguien que mira en la ventana abierta  
un labrador, un buey,  
juntos, muy lejos,  
y quisiera ser pobre al menos una vez,  
pisar con pie desnudo los surcos de la tierra.  
La lluvia no se ve. Sólo sus ojos  
absortos resplandecen  
siguiendo al buey que ara lejano  
y a los árboles mudos  
que oyen el viento.

## EN EL NORTE

Esta noche dimito de las sombras,  
el Támesis regresa al mar del norte  
con celajes de tren bajo la lluvia  
y en sus raudos vagones  
los viajeros sacan crucigramas.

Es la noche, resguárdate,  
grita el reloj cerca del polo,  
pero a esta hora mi país de ultramar  
cruza el arco del sol  
y se baten azules las palmas.

En cada muro en que me acodo  
siento el vaivén errante de los barcos.  
Entre estas islas y mi casa  
cabén todas las aguas por siglos de este río,  
el gris invierno de paredes rectas,  
los vientos que nos tornan monosilábicos  
y quedan leguas que llenar para acercarse.

Mi corazón da tumbos en medio de la niebla,  
no se ajusta a los polos,  
busca el lugar donde la tierra gira más despacio.

Esta noche soy diurno frente al Támesis,  
no voy a bordo en sus vagones,  
sigo de pie con el silencio de una palma.

Mi país de ultramar resplandece a lo lejos  
y yo cuento sus horas en relojes perdidos más allá  
del Atlántico.

Su ausencia es mi único equipaje.



## EL ESCLAVO

Ser el esclavo que perdió su cuerpo  
para que lo habiten las palabras.  
Llevar por huesos flautas inocentes  
que alguien toca de lejos  
o tal vez nadie. (Sólo es real el soplo  
y la ansiedad por descifrarlo).

Ser el esclavo cuando todos duermen  
y lo hostiga el claror incisivo  
de su hermana, la lámpara.  
Siempre en terror de estar en vela  
frente a los astros  
sin que pueda medir cuando despierten,  
aunque diluvie el mundo  
y la noche ensombrezca la página.

Ser el esclavo, el paria, el alquimista  
de malditos metales  
y transmutar su tedio en ágatas,  
en oro el barro humano,  
para que no lo arrojen a los perros  
al entregar el parte.

## CUANDO MI ESTATUA SE DESPIERTE

Cuando mi estatua se despierte  
continuará no obstante, un largo rato  
inmóvil, fija,  
hasta que cese el coro de los pájaros  
que la rodeen cantando en ese instante.  
Quieta, sin parpadear, sin que se note  
que mi sangre reinicia su curso  
por sus venas de mármol,  
ha de fingir que está soñando todavía,  
que nada siente del vértigo de cosas  
donde fluye el paisaje.  
No hablará, no dará ni el más leve respiro  
mientras sigan en torno los cantos  
y tal vez cuando callen se habrá vuelto a dormir,  
sin darse cuenta,  
debajo del musgo solitario.

## COLORES

Y bien, queridos colores, os saludo.

*Carlos Pellicer*

Eran cuerpos negros en un aire blanco  
y blancos en un aire negro,  
la luz musicalmente los unía.  
El trópico fue siempre otro planeta.

En sus ojos crecieron las retinas  
más contraídas de la tierra,  
miraban los deseos del azul,  
la soledad del verde.

El mar tendido ante sus costas  
no cesaba de orearse.  
Nunca el invierno se llevó las hojas  
ni el rumor de los bosques.  
Soñaban un Partenón salvaje  
entre sus palmas.

En sus voces hablaban los pastos  
batidos por el viento,  
era visible un paso de arco iris  
tras de cada palabra.

Buscaban a Dios en las cosas  
bajo una forma de color,  
eran cuerpos negros en un aire blanco,  
blancos en un aire negro,  
jamás faltó la luz para mezclarlos.  
El trópico fue siempre otro planeta  
muy lejos de este mundo pero cerca del sol.

## LA CASA

En la mujer, en lo profundo de su cuerpo  
se construye la casa,  
entre murmullos y silencios.  
Hay que acarrear sombras de piedras  
leves andamios,  
imitar a las aves.

Especialmente cuando duermen  
y en el sueño sonrío  
—nivelar hacia el fondo,  
no despertarla,  
seguir el declive de sus formas,  
los movimientos de sus manos.

Sobre las dunas que cubren su sueño  
en convulso paisaje,  
hay que elevar altas paredes,  
fundar contra la lluvia, contra el viento,  
años y años.

Un ademán a veces fija un muro,  
de algún susurro nace una ventana,  
desmontamos errantes a la puerta  
y atamos el caballo.

Adentro de su cuerpo la casa nos espera  
y la mesa servida con las palabras limpias  
para vivir, tal vez para morir  
ya no sabemos  
porque al entrar nunca se sale.

## AMBERES

El tiempo pasa y queda su tango...  
A bordo de un carguero, puerto tras puerto,  
también nosotros derivamos.

Hoy amé a Amberes, sobre todo sus piedras,  
porque prohíben el recuerdo.  
Sobre las grúas chillaban las gaviotas  
al avistarnos en los muelles.  
Si vuelvo a Amberes no sabré recordarla,  
sus piedras nunca dicen adiós, sólo sonríen,  
se juntan para hacer casas, iglesias,  
se cortan en pequeñas callejuelas.

Amberes es un sueño parecido a ella,  
hay que andar silencioso para no despertarla,  
hay que recorrerla con los ojos cerrados  
hasta mirarla dentro de nosotros,  
entonces es Amberes la que va por el mar,  
la que parte sin ruta, navegando  
y uno se queda,  
cuando queremos verla ya está lejos,  
todos los horizontes nos separan.

## ESTÁN DEMOLIENDO LA CIUDAD

a José Rodríguez U.

Están demoliendo la ciudad  
donde tanto viví,  
donde al final, sin percatarme  
los ojos se me unieron a sus piedras.  
Están derrumbando sin tregua sus muros,  
los camiones adentro del polvo  
pasan y cargan,  
se llevan ventanas, columnas, portones,  
no cesan,  
no hay nada que salve su caída,  
los amigos crecieron, se mudaron, han muerto.  
Se cae, se está cayendo sin espacio  
y sin tiempo,  
dentro y fuera de mí, por donde vaya,  
adonde llegue,  
sus calles ceden paso a nuevas avenidas,  
los arquitectos miden el futuro,  
verifican sus planos,  
no se detienen.  
Me duele cada golpe de las picas,  
cada estruendo,  
ahora que mis ojos son las últimas piedras  
que le quedan  
en la casa sin nadie que soy  
a la orilla del tiempo.



## MADONAS

En las madonas serenísimas  
cuántos sueños regresan de pinceles antiguos,  
cuántas Italias.

El paganismo de las cosas y los cuerpos,  
las lentas nubes del deseo  
tatuadas en el aire.

No quiero verlas: sé que están muertas aunque rían,  
aunque susurren detrás de un abanico  
de antiguos pavorreales.

No puedo abrir mis ojos al azul  
sin ver la peste,  
el terror del invierno en las casas sin leña,  
las toses de Ticiano.

Busco en la calle otras madonas vivas,  
otras Italias.

Aunque no queden remos en los puentes  
ni palacios circuidos de canales,  
quiero mirar la luz en los cuerpos que pasan,  
quiero hablarles,  
la belleza más pura es existir,  
estar aquí en la tierra con el sol en las manos,  
el sueño es un color más inmortal  
pero no basta.

## DEBO ESTAR LEJOS

Debo estar lejos  
porque no oigo los pájaros.  
Me han extraviado la tarde en su vacío,  
he recorrido esta ciudad  
de voces extranjeras  
sólo para advertir cuánto dependo  
de sus cantos,  
y cómo sus silbos gota a gota  
se mezclan en mi sangre.  
Debo estar lejos  
o los pájaros habrán enmudecido  
adrede  
para que su silencio me regrese  
y mis pasos remonten las piedras  
en esta larga calle  
hasta que vuelva a oírlos en el viento  
y el corazón migratorio se adormezca  
debajo de sus alas.

## LOS OTROS ÁRBOLES

Los más sentimentales no son verdes,  
salvo en otoño, de un verdor opaco,  
casi ocre  
que es su color de ausencia.

Guardan madera para barcos  
y cuartetos de cuerda,  
sin embargo cuánto saben de música  
o de viajes  
es el paso del viento.

Otros en cambio llevan por el mundo  
un verdor errante  
como el bosque de Macbeth  
y aunque nos cubran de follajes  
tienen vetas amargas, nudosas,  
nunca darán una guitarra.

Pero los más sentimentales no son verdes,  
ni siquiera son árboles  
sino hombres que no viajan  
por amor a su aldea.  
La vida es su color, el tiempo  
que dispersa sus hojas,  
sólo verdecen en otoño  
pero ya tarde, cuando dicen adiós  
y nadie se da cuenta.

## LA VACA

La vaca que al pasar alzó los ojos  
y se quedó mirándome  
debió reconocerme  
pues me llevó por siglos de paisajes.  
Fue un instante, un silencio, con un tordo  
En su lomo, con un jadeo despacio  
que hacía pesado el aire.  
Me miró hasta fundirme en los légamos  
donde ella se atascaba  
y prosiguió al final del horizonte,  
gachos los cuernos, con la piedad muda  
que la luz pone en los mansos animales.  
Habrá muerto hace mucho,  
su cuero debe estar en algún banco ,  
pero en mi noche sus ojos reaparecen  
desvaídos, como lentas estrellas  
cuando me siento la última llanura  
donde sigue pastando.

## ARQUEOLOGÍAS

Donde estuvo Orfeo  
y crecieron las náyades,  
donde fue Tebas con su siete puertas  
y Manoa, la maléfica,  
y la Atlántida de fastos sumergidos,  
no es senda de pétrea arqueología  
para olfato de sabios,  
—sus sueños siguen a los hombres,  
los continentes se desplazan.

Al oído del árbol  
donde un ave susurre,  
donde Orfeo sea una lira, una guitarra  
y la sangre trasiegue sus infinitos cantos,  
donde la vida abra sus signos  
volverá lo que fue, lo que nunca perdimos,  
mientras queden amantes en la noche  
que abran las siete puertas del deseo  
para que Tebas nazca.

## RETORNO DE LAS ISLAS

¡Qué arduo  
cuando por fin partimos de las islas,  
de sus gélidas costas sin palmeras,  
borrárnoslas del cuerpo!

El lento mar que nos rodeó por todas partes,  
las soledades insulares  
y el pensamiento girando en tantas vueltas  
a la espera de un barco.

¡Qué arduo  
después de hacernos forasteros  
recobrar una a una las palabras perdidas,  
curarnos la saudade!  
Cómo los gestos nos delatan,  
cómo demora el cuerpo aclimatándose  
sacándose las islas de la sangre.

¡Qué arduo  
cuando ya nos libera el horizonte  
de las islas amargas,  
de sus monótonas noches sin mujeres,  
volver a ver la tierra en que nacimos  
y sentirla después por muchos días  
delante de los ojos  
sin alcanzarla!

## MEDIA VIDA

Sentí pesar de media vida  
cuando rodó el dragón ante mis pies, ya muerto,  
aquel dragón que al curso de los años  
dejó sangre en mi espada,  
tajos de ala  
y fuegos con que luché solo, sin tregua,  
en todos los instantes.  
Recordé los rugidos noche a noche,  
sus garras de relámpago,  
los libros que leí para aplacarlo,  
viejos poemas con que lo tuve a raya.

Sentí pesar de media vida  
cuando cesó el estruendo  
y advertí que mi alma era su cueva,  
que yo era mi dragón, mi enemigo inmediato.  
Todo su fuego inútil, su insistencia  
de ungirme caballero  
sin alcanzarlo  
se me volvió esta mueca de cenizas,  
este grito perdido entre sus fauces.

## LAS PIEDRAS

Las piedras intactas en el río,  
absortas en la orilla,  
sentadas a solas, conversando.  
Las piedras más profundas que la infancia  
y de más sólido paisaje.  
Siguen allí cerca del pozo, nada las mueve,  
y al acercarnos  
alzan los rostros renegridos, se demudan  
pero ya no nos reconocen  
¡hay que hablarles tan alto!

Y son las mismas madres pétreas  
que en inocente desnudez  
al zambullirnos  
se quedaban oreando las ropas,  
pero no nos recuerdan,  
no tienen noción de máscaras ni viajes,  
perciben el tiempo por el tacto,  
creen que nos borramos en el agua  
y las arenas  
río abajo.

De tarde en tarde la sombra de un avión  
en que partimos  
las atraviesa  
y no saben que van en las valijas  
a bordo, que son nuestro único equipaje,  
tan fuertemente se han cerrado sus párpados.



## NOCHE NATAL

Caracas quedaba más lejos  
que cuanto yo soñé desde la nada,  
por eso al llegar era noche  
y las calles estaban desiertas,  
sin nadie,  
era tan tarde que las piedras  
flotando disueltas no me vieron  
nacer al pie de la montaña.  
Las casas más altas parecían  
para mi sed de espacio,  
mucho más grandes que mi madre.  
A paso lento iba la luna  
con una vela entre las manos.  
Los árboles hablaban a solas  
de la guerra de España.  
Yo tenía frío,  
estaba cansado del viaje...  
Y apenas llegado me dormí  
Tan hondamente  
que aún no sé si despierto de esa noche,  
porque a lo lejos  
sigo oyendo sus gallos.

## PROVISORIO EPITAFIO

No me despido en una piedra  
ilegible a la sombra del musgo,  
voy a nacer en otra parte.

Es provisorio mi epitafio,  
quedan líneas en blanco  
que alguien podrá llenar más tarde  
son cifras de otra vida, no de muerte,  
son una partida futura  
de nacimiento.

Ignoro adónde voy,  
de qué planeta seré huésped,  
a partir de cuál forma de materia  
— carbón, sílex, titanio—  
me explicaré después por aerolitos,  
hablaré desde el agua.

No digo adiós en una piedra,  
provisoriamente la dejo desnuda.  
Lo que nadie imagina es lo más práctico.

## LA TERREDAD DE UN PÁJARO

La terredad de un pájaro es su canto,  
lo que en su pecho vuelve al mundo  
con los ecos de un coro invisible  
desde un bosque ya muerto.  
Su terredad es el sueño de encontrarse  
en los ausentes,  
de repetir hasta el final la melodía  
mientras crucen abiertas los aires  
sus alas pasajeras,  
aunque no sepa a quién le canta  
ni por qué,  
ni si podrá escucharse en otros algún día  
como cada minuto quiso ser:  
más inocente.  
Desde que nace nada ya lo aparta  
de su deber terrestre,  
trabaja al sol, procrea, busca sus migas  
y es sólo su voz lo que defiende  
porque en el tiempo no es un pájaro  
sino un rayo en la noche de su especie,  
una persecución sin tregua de la vida  
para que el canto permanezca.

## QUITA A LA PIEDRA QUE SOY

Quita a la piedra que soy  
lo que le sobra,  
martilla, esculpe, talla.  
Sé que tu mano puede dar la forma exacta,  
sé que tu amor puede alcanzarme  
más allá del peso de las horas  
y la ciega tiranía de los astros.  
No soy sólo esta sombra en la tierra  
que persigue la muerte,  
lee las vocales de mi cuerpo  
las palabras que buscan la vida  
al fondo, venidas desde lejos, las que estallan  
en el sueño,  
haz que a tus ojos sea legible, sea nítido,  
quiero indagar mi noche estrella por estrella.  
Quita a la piedra que soy  
su oscuridad,  
su pátina terrestre,  
frente a frente quiero ver mi deseo.

## LOS ÁRBOLES DE MI EDAD

Los árboles de mi edad  
a quienes igualaba de tamaño  
ya son más altos que mi cuerpo  
y menos solitarios.

El otoño ha venido y se ha vuelto,  
nos ha arrastrado en su despojo hasta el vacío,  
hasta vernos desnudas las manos,  
pero ellos tras su paso se renuevan  
y siguen elevándose  
mecidos al verdor de sus deseos.

Sé que vinimos juntos a la vida,  
la hemos amado sol a sol  
y piedra a piedra,  
bajo flor o palabra hemos buscado a Dios  
cada uno en su sueño,  
sin embargo al crecer me van dejando solo,  
aunque seguimos en la misma ciudad  
viviendo donde siempre  
nos separan los aires,  
ya no alcanzo el rumor de sus voces  
ni sé qué harán de nuevo en poesía,  
ya casi no nos vemos.

## CARACAS

Tan altos son los edificios  
que ya no se ve nada de mi infancia.  
Perdí mi patio con sus lentas nubes  
donde la luz dejó plumas de ibis,  
egipcias claridades,  
perdí mi nombre y el sueño de mi casa.  
Rectos andamios, torre sobre torre,  
nos ocultan ahora la montaña.  
El ruido crece a mil motores por oído,  
a mil autos por pie, todo mortales.  
Los hombres corren detrás de sus voces  
pero las voces van a la deriva  
detrás de los taxis.  
Más lejana que Tebas, Troya, Nínive  
y los fragmentos de sus sueños,  
Caracas, ¿dónde estuvo?  
Perdí mi sombra y el tacto de sus piedras,  
ya no se ve nada de mi infancia.  
Puedo pasearme ahora por sus calles  
a tientas, cada vez más solitario,  
su espacio es real, impávido, concreto,  
sólo mi historia es falsa.

## CUALQUIER SOLEDAD

Cualquier soledad, sea la que llegue,  
pero no la del hombre sin montañas.  
Que nuestras voces vuelvan por sus ecos  
y los ojos avancen hasta apoyar los párpados,  
que los postigos las custodien  
y al abrirse las muestren soñando como siempre  
aunque nunca nos hablen.

Cuando el horizonte se nos dobla  
por el peso de las cosas  
y la mirada cae al fondo y nada la alza,  
cuando la vida insiste terriblemente llana,  
cualquier exilio entre las islas, aun las más yermas  
las más frías, cualquier amargura  
pero no la del hombre sin montañas.

## CREO EN LA VIDA

Creo en la vida bajo forma terrestre,  
tangible, vagamente redonda,  
menos esférica en sus polos,  
por todas partes llena de horizontes.

Creo en las nubes, en sus páginas  
nítidamente escritas  
y en los árboles, sobre todo al otoño.  
(A veces creo que soy un árbol).

Creo en la vida como terredad,  
como gracia o desgracia.  
Mi mayor deseo fue nacer,  
a cada vez aumenta.

Creo en la duda agónica de Dios,  
es decir, creo que no creo,  
aunque de noche, solo,  
interrogo a las piedras,  
pero no soy ateo de nada  
salvo de la muerte.



## FINAL

Que hable la vida: ¿es éste el fin, la tierra?  
¿Tanto milagro concluye sin milagro?  
Este asombro vivido hora tras hora  
que nos llega en un árbol, en un rostro,  
esta cuenta de dios ¿termina en cero?  
¿Será igual que en los cines de mi infancia  
cuando las luces se encendían  
para el cambio de rollos?  
Como al salir de un túnel nos buscábamos:  
ya muchos se habían ido,  
algunos cansados se durmieron,  
nos quedábamos mudos hasta que despertaban  
de otro tiempo...  
¿Será así siempre el sueño de la tierra?  
De tantos antiguos camaradas  
¿quién quedará conmigo al final de la noche  
para que me acompañe?  
¿Habrán partido todos de la sala?  
¿Voy a quedarme solo con los ojos abiertos?

## LOS GALLOS

¿Por qué se oyen los gallos de pronto  
a medianoche  
si no queda ya un patio en tantos edificios?  
Filtrados por muros de piedra  
y rectos paredones  
nos llegan sus ecos,  
no se puede dormir, es más terrible  
que en el tedio de las aldeas  
cuando llenan el mundo de gritos.  
Cruzan el empedrado,  
la niebla de la calle,  
alzan sus crestas de neón,  
entran cuando el televisor borra sus duendes.  
Pero no hay troja que los guarde  
sino sombra de asfalto y sellados postigos,  
¿de qué rincón vidrioso en los espejos  
saltan  
y se sacuden aleteando  
las soledades de sus lejanías?  
Gallos ventrílocuos donde me habla la noche  
¿son mi parte de abismo?  
Gallos en el sonambulismo de las cosas,  
roncos a causa de la ausencia  
en caminos de polvo

cuyas voces creímos extintas,  
¿qué hacen a medianoche en la ciudad  
tan lejos,  
qué lamento los va acercando a mis oídos?

## UNA CIUDAD

Escribo para fundar una ciudad  
donde las piedras tengan nombres propios  
y el sol las llame siempre  
al alba, despertándolas.  
Quiero elevarla junto al río  
que llevo y que me lleva  
para que a su rumor crezca el paisaje .  
Mido planos, niveles, geometrías,  
construyo andamios sólidos,  
quiero que el odio sea convexo  
y el amor cóncavo y exacto.  
Una ciudad con el tacto de un cuerpo  
de franco rostro y cabellos flotantes  
con hoteles que bajen en gradas hasta el mar  
y tabernas de antiguas guitarras.  
Busco la arquitectura subjetiva  
de puentes, columnas, catedrales  
creada en palabras nuevas  
con el abecedario de las formas fuertes.  
Una ciudad poblada de deseos  
donde encuentre su techo el que pase  
y la recorra hasta la muerte  
o más tarde tal vez entre el viento fantasma  
sin que ya nada lo destierre.

## EL CORNO

Aguardo un corno entre los aires,  
no he salido a los bosques con jaurías,  
no hospedo halcones en mi mano.  
Estoy aquí como los árboles  
aguzando en el viento el oído,  
no busco el Grial,  
no voy de caza.  
Ignoro si será de oro, de bronce,  
o de hojas de plátanos —salvaje—  
lo sabré cuando suene,  
a la hora en que me llame.  
Por hoy lo aguardo solamente,  
no sé si para continuar  
o bien para volverme,  
nada pierdo si no lo oigo esta vez,  
será mañana,  
será después o nunca,  
es su espera lo que amo,  
lo que me tiene en vilo  
a cada instante,  
el corno que nadie puede oír por mí,  
el que avanza en los aires como flecha  
de la que soy el blanco.

## LABOR

Para que Dios exista un poco más  
—a pesar de sí mismo— los poetas  
guardan el canto de la tierra.  
Para que siempre esté al alcance  
la cantidad de Dios  
que cada uno niega diariamente  
y puedan ser al fin ateos  
los hombres, las nubes, las estrellas,  
los poetas en vela hasta muy tarde  
se aferran a viejos cuadernos.

Dios rota en sus eclipses  
y se deja soñar desde lejos.  
En medio de la noche  
las sombras borran las ventanas  
de rectos edificios.  
Son pocas las lumbres encendidas  
que tiemblan a esa hora  
en la intemperie,  
son pocas, pero cuánto resisten  
para inventar la cantidad de Dios  
que cada uno pide en sueño.

NINGÚN AMOR CABE  
EN UN CUERPO SOLAMENTE

Ningún amor cabe en un cuerpo solamente  
aunque abarquen sus venas el tamaño del mundo,  
siempre un deseo se queda fuera,  
otro solloza pero falta.

Lo sabe el mar en su lamento solitario  
y la tierra que busca los restos de su estatua,  
no basta un solo cuerpo para albergar sus noches,  
quedan estrellas fuera de la sangre.

Ningún amor cabe en un cuerpo solamente  
aunque el alma se aparte y ceda espacio  
y el tiempo nos entregue las horas que retiene.  
Dos manos no nos bastan para alcanzar la sombra,  
dos ojos apenas ven pocas nubes  
pero no saben a dónde van, de dónde vienen,  
qué país musical las une y las dispersa.  
Ningún amor, ni el más huidizo, el más fugaz  
nace en un cuerpo que está solo,  
ninguno cabe en el tamaño de su muerte.

## VUELVE A TUS DIOSES PROFUNDOS

Vuelve a tus dioses profundos,  
están intactos,  
están dentro con sus llamas velando,  
ningún soplo del tiempo los apaga.  
Los silenciosos dioses prácticos  
ocultos en la porosidad de las cosas.  
Has rodado en el mundo más que ningún guijarro,  
perdiste tu nombre, tu ciudad,  
asido a visiones fragmentarias,  
de tantas horas ¿qué retienes?  
La música de ser es disonante  
pero la vida continúa  
y ciertos acordes prevalecen.  
La tierra es redonda por deseo  
de tanto gravitar,  
la tierra redondeará todas las cosas  
cada una a su término.  
De tantos viajes por el mar,  
de tantas noches al pie de tu lámpara,  
sólo estas voces te circundan,  
descifra en ellas el eco de tus dioses,  
están intactos,  
están cruzando mudos con sus ojos de peces  
adentro de tu sangre.



## EL ÁNGEL INDECISO

Vivo en el ángel indeciso,  
el que en mí se demora  
revoloteando siempre entre los libros  
y aferrado a mi alma  
con las raíces de una parásita.

No me deja elegir entre uno y otro taxi,  
entre una mujer y su recuerdo,  
procura estar a un tiempo en dos ciudades,  
en dos continentes.

Elogia la geometría de los aviones  
batiéndome sus alas  
y prefiere los barcos.  
Me hace rogar a Dios y ser ateo,  
amar al prójimo y mostrarme indiferente.

Vivo a su sombra: es de mi guarda,  
de mi custodia pero me escarnece.  
Me lleva de la mano por rutas ilusorias,  
busca la nieve de los trópicos,  
la prisa de la piedra.  
Me extenúa, nunca acepta mis réplicas,  
cree que el ángel soy yo, que él es el vaho  
al fondo del espejo.

## UN SAMÁN

Un samán ya viejo verdea y monologa:  
—solo, sin dar un paso,  
en los anillos de mi cuerpo,  
anoté mis vueltas al sol de la tierra.  
Se movió el mundo, no mis ramas,  
me quedé tenso ante los días  
como un volatinero.  
Oí muchos pinos hablar de la nieve  
pero no envidié al haya, al abedul  
que pueden conocerla.  
Estoy donde los vientos me dejaron  
sin renegar mis dioses,  
junto a las mansas reses que cobijo  
en la intemperie.  
Jamás he visto un ruiñeñor,  
amé otros pájaros,  
cuidé sus nidos inocentes.  
Crecí a la lenta luz del trópico  
mirando las iguanas atar el arco iris  
a mi corteza.  
Con las últimas hojas me ilumino  
levitando en el verde.  
Quise ser lo que soy: un samán de estos campos,  
que el leñador disponga de mis ramas  
para su buena lumbre.  
Ya no temo los fuegos.

# Índice

<i>Notas para un estudio de Rafael Cadenas</i>	7
En el bosque	19
Pájaros	20
Sólo la tierra	21
Mudanzas	22
Epístolas sin forma	23
Güigüe 1918	24
Si Dios no se moviera tanto	26
Terredad	27
Ciudades marinas	28
Setiembre	29
El Dorado	30
Soy esta vida	31
La mesa	32
Montañas	33
Yo soy mi río	34
Duración	36
Partida	37
Reyes	39
En el norte	41
El esclavo	43
Cuando mi estatua se despierte	44
Colores	45
La casa	47
Amberes	49
Están demoliendo la ciudad	50
Madonas	51
Debo estar lejos	52
Los otros árboles	53
La vaca	54
Arqueologías	55

Retorno de las islas	56
Media vida	57
Las piedras	58
Noche natal	59
Provisorio epitafio	60
La terredad de un pájaro	61
Quita a la piedra que soy	62
Los árboles de mi edad	63
Caracas	64
Cualquier soledad	65
Creo en la vida	66
Final	67
Los gallos	68
Una ciudad	70
El corno	71
Labor	72
Ningún amor cabe en un cuerpo solamente	73
Vuelve a tus dioses profundos	74
El ángel indeciso	75
Un samán	76